



LOBO ESPACIAL



WILLIAM KING

minotauro



LOBO ESPACIAL

WILLIAM KING

minotauro

Lobo Espacial

Published by Black Library, 2007
2025 © Games Workshop Limited.

The Space Wolf Omnibus, Lobo Espacial,
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy,
Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas,
y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas,
vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™
y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Reservados todos los derechos.
Originally published as *The Space Wolf Omnibus*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Space Wolf © 1999, Games Workshop Ltd.
Ragnar's Claw © 2000, Games Workshop Ltd.
Grey Hunter © 2002, Games Workshop Ltd.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Emilio Muñiz (*Lobo Espacial*),
© Emilio Muñiz/Infolingüa (*La Garra de Ragnar*),
© Juan Pascual Martínez (*Cazador Gris*)
Ilustración de cubierta: Geoff Taylor
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1989-4
Depósito legal: B. 5.887-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

LOBO ESPACIAL.....	11
LA GARRA DE RAGNAR.....	325
CAZADOR GRIS	637



UNO

EL MAR DE LOS DRAGONES

—Vamos a morir todos —gritó Yorvik el Arponero, alumbrando en derredor y con los ojos muy abiertos por el miedo. Un relámpago cruzó el cielo de Fenris e iluminó la cara atormentada del hombre. El profundo terror hizo que su alarido se oyese, incluso, por encima del rugido del viento y del ruido atronador de las olas que chocaban contra el barco. Las gotas de la lluvia que azotaba su rostro resbalaban como lágrimas.

—¡Quédate callado! —contestó Ragnar mientras abofeteaba la cara del aterrorizado hombre. Estupefacto por haber sido golpeado por un jovencito que apenas tenía edad para lucir barba en las mejillas, Yorvik echó mano de su hacha, olvidado momentáneamente de su miedo. Ragnar movió la cabeza y clavó su fría mirada gris en el hombre, que se detuvo súbitamente como si tomara conciencia de dónde estaba y de lo que estaba haciendo. Quedaron a la vista de todos los guerreros que llenaban la proa del barco. Atacar al hijo de su capitán podría desacreditarlo a los ojos de los dioses o de la tripulación. La sangre arreboló las mejillas de Yorvik, y Ragnar desvió la mirada para no poner más incómodo al hombre.

Ragnar sacudió la cabeza para apartar su larga melena negra de los ojos. Entrecerrando los ojos por el azote del viento y de la lluvia de agua salada que levantaba el mar embravecido, compartió silenciosamente el miedo de Yorvik. Iban a morir a menos que ocurriera un milagro. Se había aventurado en el mar desde que tuvo edad suficiente para caminar y nunca había visto una tormenta tan terrible.

El cielo estaba cerrado de espesas nubes negras que habían convertido el día en noche. El agua entró a borbotones por la proa cuando el barco se adentró en otra gigantesca ola y la piel de dragón del casco sonó como un enorme tambor por la fuerza del impacto. Ragnar luchó para mantener el equilibrio sobre el puente en permanente movimiento. Podía oír el crujido de las costillas del barco por encima de los alaridos del endemoniado viento. Era sólo cuestión de tiempo, pero aceptó que el mar acabaría matando al barco. Estaban en una carrera para ver si la fuerza de las olas deshacía al *Lanza de Russ* en mil pedazos, o si únicamente arrancaba la piel del dragón del esqueleto y dejaba que todos se ahogasen.

Ragnar temblaba y no precisamente por el frío húmedo de sus ropas empapadas. Para él, y para su gente, ahogarse era la peor de las muertes posibles porque significaba simplemente hundirse en las garras de los demonios del mar, en las que sus almas quedarían condenadas a una eternidad de esclavitud. Ya no habría posibilidad de ganarse un lugar entre los Elegidos. No moriría con la espada ni con el hacha en la mano, ni encontraría una muerte gloriosa ni un rápido tránsito a la Sala de los Héroes de las Montañas de los Dioses.

Mirando hacia atrás a lo largo de la cubierta azotada por la lluvia, Ragnar vio que todos los imponentes guerreros estaban tan atemorizados como él, pero ellos lo ocultaban muy bien. La tensión estaba escrita en cada pálido rostro, y asomaba a los ojos azules de todos. La lluvia empapaba sus largos cabellos rubios y les daba un aspecto desesperanzado. Estaban sentados en sus bancos y apretados unos contra otros, los remos ociosos listos para entrar en acción, las enormes capas pluviales de piel de dragón echadas

sobre los hombros o volando al viento como alas de murciélago. Las armas de cada uno descansaban delante de su dueño sobre la cubierta inundada, impotentes contra el enemigo que ahora amenazaba sus vidas.

El viento ululaba, hambriento como los grandes lobos de Asaheim. El barco quedó cubierto parcialmente por el extremo lejano de otra gran ola y el colmillo de dragón de la proa atravesó el agua espumosa como una lanza. En lo alto, las velas aleteaban y se hinchaban. Ragnar estaba contento de que estuvieran hechas de la más pura tripa de dragón; ninguna otra habría resistido las afiladas garras de la tormenta. Frente a ellos se precipitaba otra enorme montaña de agua y parecía imposible que el barco pudiera sobrevivir al impacto.

Ragnar se sintió invadido por la furia y la frustración al creer adivinar que su corta vida se había terminado casi antes de haber empezado. Ni siquiera viviría para convertirse en hombre la próxima estación. Apenas había cambiado la voz y ahora estaba condenado a desaparecer en el océano. Entrecerró los ojos y los clavó en la tormenta, con la esperanza de avistar el gran barco de su gente. No los iba a ver más porque probablemente la mayoría de ellos habrían ido a parar al fondo. Sus cuerpos serían pasto de los dragones y de los kraken, y sus almas quedarían esclavas de los demonios.

Se dio la vuelta y dirigió una torva mirada al extranjero que lo había metido en esto. Le daba cierta satisfacción saber que, si morían, él lo haría con ellos. Eso si no se trataba de un brujo, o de algún demonio del mar disfrazado para atraer a los Puños de Trueno a su perdición. Observando el modo en que el anciano se mantenía erguido en la cubierta inundada, impávido y sin temor, todo parecía posible en ese momento.

Algo sobrenatural trascendía de este sarmentoso anciano. Se veía fuerte como un guerrero en la flor de la vida, a pesar de todas las arrugas que la edad había marcado en su frente, y mantenía el equilibrio mejor que muchos como si fuera un navegante con la mitad de su edad pese al cabello encanecido. Ragnar supo que era un brujo, porque ¿quién sino un brujo

podría llevar sobre sus hombros las pieles de aquellos enormes lobos y aquella extraña armadura de metal que cubriría todo su cuerpo, tan diferente de las túnicas de cuero de las gentes de mar? ¿Quién sino un brujo llevaría esos extraños amuletos y colgantes sobre su cuerpo? ¿Quién sino un brujo podía ofrecer a su padre y a su familia suficientes lingotes del preciado hierro para intentar el cruce casi suicida del Mar de los Dragones en este barco y en la Estación de las Tormentas?

Ragnar vio que el extranjero señalaba algo. ¿Sería algún encantamiento mágico, pensó para sus adentros, o el extranjero estaría lanzando un conjuro? Ragnar se dio la vuelta para mirar y sintió que su boca se reseca por efecto del miedo. Una vez más lució un relámpago, y a su luz Ragnar vio una descomunal cabeza que había surgido de las aguas cerca de la embarcación, casi como si el extranjero la hubiese convocado. Una cara de pesadilla poblada de filas de dientes como dagas se elevó sobre ellos. Su largo cuello se dobló y su cabeza descendió para buscar una presa. Era un dragón marino, y no una simple cría sino un monstruo en su máximo esplendor, tan largo como el barco, arrancado del fondo del mar por la furia de la tormenta.

El trueno pronunció sus airadas palabras. La muerte acortaba distancias con respecto a Ragnar, que sintió su aleteo cuando las enormes mandíbulas del dragón se cerraron sobre Yorvik. Los grandes colmillos atravesaron el duro cuero de la armadura de Yorvik como si fuera papel. Se quebraron los huesos y la sangre brotó a borbotones mientras el hombre era alzado por los aires en medio de grandes alaridos, agitando los brazos y soltando el arpón. Una mueca de desprecio asomó a los labios de Ragnar. Siempre había sabido que Yorvik era un cobarde y ahora ya tenía la prueba. Encontraría un lugar en los helados infiernos de Frostheim. El dragón mordió y tragó, y una parte de Yorvik desapareció garganta abajo. La otra se aplastó sobre la cubierta cerca de Ragnar, pero las rugientes olas la limpiaron de la sangre y la bilis.

Los guerreros se levantaron de sus bancos blandiendo las hachas y las lanzas en actitud de desafío. Ragnar podía decir que

en sus corazones reinaba el gozo. Estaban ante la oportunidad de una muerte rápida y heroica mientras luchaban contra un monstruo de las profundidades. Para muchos era como si Russ hubiera oído sus plegarias y les hubiese enviado a esta bestia para garantizarles una muerte honrosa.

La enorme cabeza empezó a descender otra vez y ante su vista muchos guerreros se quedaron congelados. Como si hubiera sido enviada para eliminar a los cobardes, la bestia los golpeó y apresó a dos entre sus fauces clavándolos con puntiagudos colmillos. Otros guerreros de Thunderfist la hostigaron y le lanzaron sus armas. Las hachas rebotaban contra las escamas acorazadas del animal y sólo algunas lanzas penetraron en la carne, pero la enorme criatura les prestó la misma atención que una persona puede prestarle a un pinchazo. El dolor no hacía más que aumentar su furia.

Abrió las fauces y lanzó un rugido aterrador, que se oyó incluso por encima del fragor de las olas. El imponente volumen de la bestia dejó paralizados a los guerreros como si se les hubiera helado la sangre en las venas por el efecto del encantamiento de un brujo. Ragnar se fijó en que la criatura había sacado del agua la mitad de su cuerpo y su enorme longitud se cernía sobre el bote como una torre. No tenía más que abalanzarse sobre él y su ingente peso lo partiría en dos.

Algo se revolvió en el interior de Ragnar. Le hervían las entrañas de rabia contra la tormenta, contra los dioses, contra la enorme bestia y contra sus cobardes hermanos. Echó mano del arpón que había soltado Yorvik y sin pensarlo dos veces, sin que el miedo por el peligro que representaban aquellas enormes fauces lo paralizase ni por un momento, lanzó el arpón contra el ojo de la criatura. Fue un tiro realmente bueno, porque la lanza con punta de hueso voló directa hacia su objetivo y se enterró profundamente en el ojo del dragón.

El monstruo se irguió todavía más en el agua, rugiendo de rabia y dolor. Ragnar creyó que iba quedar sordo por la intensidad de aquellos rugidos y tuvo la certeza de que ahora sí había llegado su hora, de que el barco iba a ser reducido a astillas por la bestia

enfurecida. Luego oyó otro sonido, un bramido balbuceante que venía de la proa del barco. Miró de soslayo al extranjero y se dio cuenta de que él era el causante de semejante ruido.

El anciano había extraído una especie de icono macizo de hierro de su costado y lo mantenía en alto apuntando hacia la bestia. Al mismo tiempo que el horrísono ruido, de la punta del sagrado amuleto salió una abrasadora llamarada cuyo efecto pudo comprobar Ragnar cuando dirigió su mirada hacia el lomo del dragón y vio las enormes grietas que había producido en él la potencia de la magia del extranjero. Abrió la boca para lanzar un grito de dolor y el extranjero elevó todavía más su talismán. En el cielo del paladar del dragón apareció un enorme agujero y la parte superior de su cabeza explotó. La criatura cayó hacia atrás y desapareció bajo las olas.

El extranjero echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada cuyo eco estentóreo ahogó el fragor de la tormenta. Ragnar se sintió invadido por un temblor de miedo supersticioso. Pudo ver cómo sobresalían dos enormes colmillos de la boca del extranjero. ¡Tenía la marca de Russ y por sus venas corría la sangre de los dioses! Sin duda alguna, se trataba de un brujo o de alguien superior.

Agachándose sobre la cubierta para poder mantener mejor el equilibrio a pesar de los bandazos del barco, Ragnar se dio la vuelta y se dirigió hacia el timón. El agua resbalaba por su cara como si fueran lágrimas y, al mojarse los labios con la lengua, notó el sabor a sal. Cuando pasaba al lado del extranjero, rompió sobre el barco una enorme ola. Sintió sobre su cuerpo la presión de toneladas de agua y quedó sumergido. La fuerza de la ola lo levantó en vilo y lo lanzó rodando sobre la cubierta. Con la furia de la ola no pudo darse cuenta de dónde estaba, simplemente supo que ésta acabaría arrebatándolo y llevándolo a su fin.

Gruñó lleno de ira y contuvo el miedo. Parecía como si hubiese sobrevivido a las fauces del dragón para ser pasto de los demonios marinos. Luego, unos dedos fuertes como el hierro se cerraron sobre su muñeca y una enorme fuerza pugnó contra la fuerza del mar. Después, el agua se retiró y un momento más

tarde Ragnar trataba de avanzar por la cubierta, salvado por el extranjero que había derrotado al dragón.

—Quédate tranquilo, chico —dijo el brujo—. Mi destino no es morir aquí. Y creo que el tuyo tampoco.

Dicho esto, el extranjero se dio la vuelta para dirigirse hacia la proa del barco. Permaneció allí escrutando la lejanía como un dios antiguo. Embargado por el miedo y por una reverente y extraña superstición, Ragnar se dirigió al lugar en que se encontraba su padre. Al elevar la vista encontró comprensión en él.

—Ya lo entiendo, hijo —gritó su padre.

Ragnar se dio cuenta de que no era necesaria ninguna otra explicación.

Como si la muerte del dragón hubiera roto algún conjuro maligno, el mar recobró la calma. Algunas horas más tarde, estaba liso como un espejo y el golpeteo acompasado del tambor del jefe de remeros era el único sonido aparte del chapoteo suave de las olas contra el casco del barco.

El extranjero seguía de pie en la proa, como si estuviera montando guardia contra los demonios del mar. Oteaba el lejano horizonte, haciéndose sombra con una mano sarmentosa, buscando algo que sólo él podía ver. Por encima de sus cabezas, el sol brillaba en todo su esplendor. No era el pálido y pequeño disco solar del invierno, sino una enorme y encendida esfera que inundaba el cielo con su luz dorada. El Ojo de Russ estaba totalmente abierto, vigilando a su pueblo elegido mientras sufría los terrores del largo y duro verano de Fenris. El agua estancada se evaporaba de la cubierta ante sus ojos.

Los guerreros se mantenían en silencio. Habían quedado sobrecogidos. No se oían los comentarios habituales ni las fanfarronadas que hubiera sido normal oírles después de haber salido indemnes de semejante tormenta. Tampoco sonaban las canciones alegres que todos conocían, ni el padre de Ragnar había ordenado que se abriese el barril de cerveza para celebrarlo. La tripulación parecía presa de un temor reverencial que se aproximaba al terror.

Ragnar podía entender muy bien el porqué de aquella actitud. Habían visto cómo el extranjero eliminaba a un dragón con el poder de sus conjuros y cómo destruía con el rayo de su magia a uno de los terrores de las profundidades abismales. Con su mirada había calmado la tormenta; ¿acaso habría algo que no pudiera hacer?

Muchas preguntas seguían flotando en el aire, pensó Ragnar. Si el extranjero era tan poderoso, ¿por qué necesitó alquilar el barco de su padre, pagando con precioso hierro y prometiendo más al final, para llegar a su destino? ¿Por qué no había usado la brujería? Seguro que podría haber aprovechado su dominio de las runas para invocar a una nave o a un lobo alado que lo condujera a su meta. ¿Había un motivo último y siniestro para su viaje?

Ragnar trataba de apartar de su cabeza este pensamiento. Tal vez el brujo se había ganado la enemistad de los demonios de la tormenta y no podía volar. Tal vez sus poderes no servían para controlar esas runas. ¿Cómo iba a saberlo Ragnar?

No sabía nada de conjuros ni conocía a nadie que supiera, salvo el viejo eskaldo de los Puños de Trueno, Imogrim, y él había mirado al extranjero con supersticioso sobrecogimiento, negándose a decir nada de él, pero insistiéndole a su gente en que debía obedecerlo en todo.

Ragnar dudaba de que su gente, pese a todo el supersticioso temor que envolvía al extranjero como una capa, hubiera aceptado emprender este viaje de no haber mediado la recomendación expresa del eskaldo. Su destino, la isla de los Señores del Hierro, lo evitaban todo el año los hombres del mar, salvo en la época del comercio que coincidía con la primavera. La última primavera había finalizado hacía unos quinientos días y la época del comercio ya quedaba muy lejos. Quién sabe cómo recibirían ahora a los extranjeros los misteriosos herreros de las islas. Se mantenían básicamente aislados de los demás y defendían sus minas de precioso hierro del mismo modo que un troll protege sus tesoros. Ragnar se preguntaba si podrían

haber rechazado la solicitud del extranjero, incluso aunque no les hubiera pagado tan generosamente. Creía que ni el pueblo entero de valerosos guerreros Puños de Trueno habría podido resistir a la magia que el extranjero había mostrado. Dudaba de que sus armas hubieran perforado siquiera la segunda piel de metal que rodeaba su cuerpo.

Había algo fascinante en el anciano, y Ragnar tenía un vivo deseo de hablar con él y de hacerle preguntas. El extranjero los había salvado y le había hablado, lo cual con toda seguridad tenía algún significado. A pesar de todo, Ragnar permaneció quieto como si hubiera echado raíces en el puente, pues la idea de hablar con el brujo lo intimidaba más que hacer frente a las fauces del dragón.

Se quedó helado por un instante, luego reunió todo su coraje y se dijo que era una tontería, que todavía no le había dado las gracias por salvarle la vida. Ragnar avanzó en silencio dirigiéndose hacia la proa, con la cautela de quien acecha a una cabra salvaje.

—¿Qué ocurre, muchacho? —le preguntó el extranjero, sin darse la vuelta, incluso antes de que Ragnar hubiese llegado a diez pasos de él.

Ragnar sintió que se le paralizaba el cuerpo. Ésa era una prueba más de los poderes mágicos del extranjero; Ragnar sabía muy bien que se había movido con toda cautela, sin que su pies hubiesen producido el menor ruido sobre la cubierta; además, su gente lo consideraba un gran cazador. Sin embargo, el extranjero se había dado cuenta de que estaba allí, y de que era Ragnar, sin haber girado siquiera la cabeza. Ragnar tuvo la completa certeza de que poseía algo así como una segunda visión.

—Te hice una pregunta, chico —insistió el extranjero, volviéndose hacia Ragnar.

No había enfado en su voz, sólo autoridad. Sonaba a la voz de un hombre que estaba acostumbrado a seguir su propio camino. También había algo raro en su manera de hablar. Hablaba muy despacio, y tenía un acento antiguo que le recordaba a Ragnar el modo de hablar que adoptaría el eskaldo al citar las hazañas de Russ y del Padre de Todas las Cosas. Le parecía que este hom-

bre podría haber salido directamente de una de aquellas sagas. Había una cualidad en él que podría haber tenido cualquiera de aquellos héroes.

—Quería agradecerle que haya salvado mi vida, jarl —respondió Ragnar, usando el tratamiento más encumbrado que conocía.

Se dio cuenta de que había algo extraño en la cara del anciano. Era alargada y feroz, con una nariz enorme de orificios nasales notablemente ensanchados. Las profundas arrugas de piel correosa de sus mejillas acentuaban todavía más su apariencia lobuna. Y Ragnar se preguntó qué significado tendrían aquellas tres tachuelas que lucía en la frente, y cómo se mantendrían en su sitio. No se le ocurría cómo podría hacerse algo así sin provocar una gangrena y la invasión de los espíritus de la infección.

—No había llegado tu hora de morir —replicó el brujo y volvió a otear el horizonte.

Ragnar se preguntó cómo era posible que el extranjero supiera eso.

—¿Qué está mirando? —volvió a preguntar Ragnar, asombrado de su propio atrevimiento.

El extranjero permaneció en silencio por un momento, y Ragnar temió no recibir respuesta alguna. En ese momento, el brujo apuntó con el dedo y Ragnar se dio cuenta de que estaba revestido de metal y que reflejaba la luz del sol. Miró en la dirección que le indicaba el extranjero y contuvo el aliento.

Delante de ellos se alzaban en el horizonte los poderosos picos, como una gran muralla erizada de lanzas que atravesaba las nubes. Las laderas de los picos eran blancas y por su superficie resbalaba algo parecido al hielo, incluso en el punto donde se hundía el mar.

—Las Murallas de los Dioses —exclamó al tiempo que hacía sobre su pecho el signo rúnico de Russ.

—Los picos de Asaheim —murmuró el extranjero con voz queda y sonrió dejando al descubierto sus enormes colmillos—. Yo tenía tu edad cuando los vi por primera vez, chico, y de ello hace por lo menos trescientos años.

Ragnar se quedó mirándolo con la boca abierta. El extranjero acababa de admitir que era un ente sobrenatural. Ningún hombre de Fenris, ni siquiera el barbado más canoso, vivía más de treinta y cinco años.

—Me alegra tener la oportunidad de volver a verlos de este modo —exclamó el extranjero y sonó como si lo dijera uno de los ancianos de la aldea antes de marcharse para leer su poema de muerte.

El extranjero meneó la cabeza y se inclinó sobre Ragnar mostrando sus estremecedores colmillos.

—Debe de estar atacándome la senilidad, para parlotear de este modo —concluyó.

Ragnar no dijo nada, se limitó a mirarlo y luego dirigió la vista hacia aquellas distantes montañas.

—Ve a decirle a tu padre que cambie el rumbo. Debe acercarse a la costa y bordearla, de este modo llegaremos antes a nuestro destino.

Lo dijo con la fuerza de una profecía, y Ragnar se lo creyó.

Durante los dos días siguientes, navegaron a lo largo de la costa de Asaheim. Fueron dos días de mar tranquilo y vientos fríos, y la quietud la rompía sólo el crujido de las enormes masas de hielo que se despeñaban desde las montañas y acababan cayendo al mar.

Asaheim, al norte de su ruta, también era el lugar en el cual nacían los icebergs, la tierra helada de la que venían las montañas de hielo flotantes. Sobre su cabeza graznaban las poderosas águilas marinas y, de vez en cuando, los hombres podían ver las manadas de grandes orcas cuando éstas surgían de las heladas y puras aguas. Dejaron atrás los entrantes de los grandes fiordos, lugares de asombrosa belleza, y en algunos casos pudieron ver aldeas de casas de piedra de la gente del glaciar que parecían colgadas de las empinadas laderas. En esos casos navegaban con toda cautela, porque la gente de los fiordos era feroz, algunos decían que corría sangre de troll por sus venas, y se rumoreaba que devoraban a sus prisioneros en lugar de esclavizarlos. Seme-

jante perspectiva hacía desear, incluso, una muerte en las garras de los demonios del mar.

Durante todo el tiempo que pasaron costeanado, el extranjero no abandonó su puesto en la proa del barco. A la puesta del sol permanecía allí bañado por los rayos moribundos del Ojo de Russ. Al amanecer, cuando se levantó el vigilante del día, seguía en el mismo lugar. Ragnar habló con el vigía nocturno y no se sorprendió cuando le dijo que el extranjero no había dormido. Si sentía cansancio, no se le notaba. Sus ojos estaban tan claros y brillantes como el día en que se había enfrentado al dragón. Ragnar no tenía ni idea de por qué estaba vigilante, simplemente se sentía contento de que el anciano vigilara. Sentía que ningún mal podría alcanzarlos mientras él montara guardia.

Luego, una vez más, la tierra desapareció de su vista, y se encontraron en el mar abierto. El tiempo seguía siendo bonancible. El extranjero olfateó el aire y sentenció que el mar permanecería en calma hasta que alcanzasen su destino. El mar, como si tuviera miedo de desobedecerlo, aceptó sumiso.

Después de dos días de navegación vieron humo a lo lejos, y las hogueras iluminaban el cielo nocturno. Los hombres rezaban a Russ con supersticioso miedo, pero temían que no los escuchara. Sabían que estaban entrando en una zona sagrada para los gigantes del fuego, y aquí Russ y el Padre de Todas las Cosas tenían poca influencia.

Al día siguiente, a medida que se acercaban a las islas, Ragnar pudo ver que éstas estaban en llamas, que sus techos ardían. La baba naranja fundida de los gigantes de fuego se deslizaba por sus laderas ennegrecidas y chisporroteaba y producía vapor cuando entraba en el agua. El rugido de los gigantes aprisionados los sacudió hasta la médula.

Presa de una gran agitación, Ragnar se acercó al brujo otra vez. Estaba envalentonado al ver que el anciano no mostraba signo alguno de miedo, simplemente traslucía un tranquilo placer y una cierta tristeza, como la del hombre que ha disfrutado de un buen día y desea que no acabe.

—Dicen que Ghorghé y Sla Nahesh están encarcelados en esas islas —aventuró Ragnar, repitiendo algo que había oído decir al eskaldo después de la temporada de comercio.

A pesar de su miedo, estaba exultante porque nunca había navegado tan lejos con su padre.

—Dicen que Russ los encadenó cuando el mundo aún era nuevo —continuó Ragnar.

—Ésos son nombres malos, chico —le respondió el brujo—. No deberías pronunciarlos.

—¿Por qué? —preguntó Ragnar, desinhibido por una vez con el extranjero. Su curiosidad venció a su temor.

El extranjero lo miró fijamente y sonrió; no parecía que lo hubiera disgustado la pregunta.

—Ésos son nombres de grandes males, nacidos en un lugar que se encuentra a millones de leguas de aquí, y hace muchos miles de años. Russ no los encadenó porque nadie podría hacerlo, ni siquiera el Emperador, el propio Padre de Todas las Cosas, en sus días de gloria.

Ragnar no se sorprendió al oír la edad que tenían, después de todo, Russ había luchado contra ellos en las eras pasadas antes de que hubiera desterrado a su pueblo de Asaheim. Lo que lo sorprendió fue el hecho de que hubieran nacido a millones de leguas de allí, porque era una distancia que no podía concebir.

—Creo que eran hijos de la reina dragón Skrinneir, de su matrimonio con el dios de las tinieblas, Horus.

—Y ése es otro nombre que no debes pronunciar, chico, porque no tienes idea de su verdadero significado.

—¿Me dirá entonces su significado?

—No, jovencito, no lo haré. Si tu destino es saber esas cosas, las sabrás a su debido tiempo.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando mueras y vuelvas a nacer, impaciente muchacho.

—¿Es así como ha conseguido usted su gran sabiduría? —preguntó Ragnar, desconcertado por las respuestas del extranjero y sorprendido por el tono sarcástico de sus propias preguntas. Para sorpresa suya, el extranjero se limitó a reír.

—Eres valiente, joven, y no te equivocas.

El brujo dio la espalda a Ragnar y fijó la vista en el mar. Sobre ellos se cernían nubes oscuras, y el mar estaba en calma y lucía negro como la pez. Hacia el oeste, la montaña se conmovió y de su cumbre salió un chorro de fuego.

—La Montaña del Fuego está enfadada hoy —comentó el brujo—. Es una mala señal.